

tiempo de necesidad recibiría veinte al maravedí; y si los dos me ganaban, quedaban dolientes de dedos y lastimados de bolsas; pero sin reparar en escrúpulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenía resto abierto y bastantes carrillos para pagar cualquier cantidad. Gané á su excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad, presumo que se dejó perder. Ganóme el capitán treinta tantos, y dióselos de barato á los pajes, los cuales me hicieron hinchar como hombre humilde que se ve en altura, y ponerme carriampollado y de figura bóreas, y dejándome hechos los carrillos saiseretas de color granadino, ellos quedaron alegres, y yo satisfecho. Preguntéle al criado que me puso la silla que si había pasado hora por ella, ó por qué razón me la ponía á mí diferente que á los demás que habían comido con su excelencia. Respondióme: A los que convivia mi amo y son gentileshombres, se les da la silla á la haz; pero á los que ellos se convidan ó son gentileshombres de la bufa, se les da al revés. Yo le respondí: Si siempre me ha de regalar su excelencia como ha hecho hoy, mas que me ponga vuesa merced albarda; y considerando que ya pasaba plaza de caballero alegre, y muestra de gentilhomme entretenido, dije entre mí: Mi gusto es mi honra, y ande yo caliente y riase la gente; pues poco importa que mi padre se llame hogaza si yo me muero de hambre. Fuése aquella tarde su excelencia corriendo la posta á la corte de Brusélas, mar donde acuden todos los rios del poder y valor y patria comun de todos los extranjerios. Quédeme helado cuando supe su partida, por haberme dejado habiendo sido su camarada de mesa, y de puro sentimiento estuve á pique de renunciar el tal oficio y de volverme á mis platos y escudillas. Fuíme á dar cuenta de ello al marqués Matey, que estaba en aquella villa por coronel de infantería alemana, el cual me animó á que prosiguiese adelante con mis caravanas, y que no temiese el año del noviciado; y porque echó de ver que sentía el haberse ausentado su excelencia, me dió dineros para que le siguiese por la posta. Púsemme en camino, dando á entender á los postillones, porque veía que se reían de mí, viéndome tan pobre de vestido, que era un caballero mayorazgo que me había escapado de la prision de Matrique.

Entré en Brusélas desampedrando calles, pareciendo yo postillon desbalijado y el postillon correo sin asistencia. Y despues de haberme apeado y curádome, como penitente de sangre, mis desolladas asentaderas, me fui en busca del palacio de su excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien y merced que me había de hacer y el que de presente me hace; pues con tanto extremo me había inclinado á su servicio, y con tal agonía le venia buscando. Preguntéle á un cortesano que si conocía al conde Octavio Picolomini de Aragon y si sabía á qué parte estaba su palacio, el cual respondió: Muy poco debe vuesa merced de saber quién es ese señor, pues me pregunta á mí si le conozco, no habiendo hoy en todo el orbe persona mas conocida por su valor, por

su fama y por su ilustre nacimiento; pues despues de haber sido honor y gloria de Italia y Alcides del sacro imperio, ha sido el Mesías de estos estados; pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de ejércitos enemigos y habemos implorado su santo advenimiento, nos ha sacado del caos de afliccion en que nos hallábamos; pues en virtud de los socorros que nos ha conducido, el gobierno que ha tenido y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los victoriosos y enemigos campos vencidos, y nuestros derrotados ejércitos vencedores; pues despues de haber sido con el suyo causa principal de que dejasen Lovaina libre, y los estados pacíficos y triunfantes, ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela, rendido á Jateleto y conquistado á Corbi; habiendo convertido los cristales del caudaloso Somá en mar de sangre enemiga, y sus plateadas márgenes en promontorios de fogosas piras y en lilibéos de funestos despojos. Pero ¿quién podía dar á la casa de Austria tantas victorias, á Flándes tantos laureles, y añadir tantos timbres á sus armas, sino un señor de tan grandiosa calidad y tan antigua casa, originada de los excelentísimos duques de Amalfi, de cuyo esclarecido tronco han florecido sumos pontífices, títulos y señores que han dado asunto con su valor y grandeza á las historias y han immortalizado sus famas, adornando el un cuartel de su escudo las barras de Aragon por descendiente de su casa real, tan venerada en el orbe por sus poderosos reyes, por sus invencibles conquistas y por sus aplaudidas victorias?

Tenia talle mi entendido cortesano de no cesar en un año, y pienso que tenía bastante materia para ello, á no llamarlo unos amigos suyos, por lo cual le fué fuerza quebrar el hilo de tan verdadera relacion y discurso tan notorio. Despidióse de mí, y dándome noticia de la calle donde vivía su excelencia, se fué por una parte, y yo me escurrí por otra. Quédeme alegre por la buena informacion, y triste advirtiéndome que un señor de tantas partes y de tan conocida nobleza no se dignaría de recibir en su servicio un pobre hongo, producido del polvo de la tierra, y mas viéndome en traje tan desairado y en hábito tan roto; porque en el dia de hoy no tratad á cada uno mas de conforme se trata. Pero considerando que el rey don Fernando de Aragon fué el príncipe mas amigo de bufones que han conocido nuestras edades, y que su excelencia, por descendiente de aquella real casa y por gozar de las bendiciones de aquel adagio que dice: Bien haya quien á los suyos se parece, me admitiría, por constarle que semejantes casas jamás están escasas de leones atados y de bufones sueltos; y que fué una borrarla la gentilidad en tener por deidades y dar adoracion á la poesía, música y amor, y no dársela á la bufonería, siendo arte liberal de que tanto han gustado emperadores, reyes y monarcas, y que solamente es aborrecida de pelones y miserables; y tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagabunda é inútil á la república, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el Senado y los varones sabios y doctos ser provechosos para decir á sus emperadores

libremente los defectos que tenían y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas. Animándome estas consideraciones, alargué el paso y resucité la esperanza. Llegué al palacio de este nuevo Marte, y valiéndome de las excepciones y privilegios de mi profesion, sin licencia de porteros ni recados de pajes, me entré hasta su misma sala, adonde me recibió con rostro alegre, y con su acostumbrada afabilidad mandó que me refrescasen, para que apagara el calor del camino, y que de allí adelante me asistiesen con todo lo necesario y me tratasen como á criado suyo. Agradecile el favor y honra que me hacía, y pomposo de haber salido con mi pretension, senté el real, y tomé pacífica posesion del provechoso oficio. Mandóme hacer un vestido de su librea, para que me sirviese de estimacion con los señores, y de salvaguardia con los pajes y lacayos; y aunque lo sentí por saber que aunque su nombre empieza en libertad, es vestido de esclavitud y municion de galeotes, pues al menor tris hay un topafuera, me fué fuerza en encajarmelo, por no contradecirle en su gusto y por remediar mi desnudez.

En este tiempo hizo mi amo un viaje á Alemania á reforzar el ejército imperial que estaba á su cargo, en defensa y custodia de estos estados. Partió de esta corte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de norte, y no de los postreros en llegarme á comer en su mesa y en silla baja, á uso de corte. Tomaba, por solo tomar, cuanto me daban sus camaradas y los títulos y señores de las villas y ciudades por donde íbamos pasando; yo, por no dar, aun no daba á ningun criado los buenos dias. Llegamos á Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino, fui á besar la mano á la cesárea majestad de la emperatriz Maria, la cual, con ser yo pequeño y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del sacro imperio; mandóme cubrir como á potentado. Yo, viéndome favorecido y en visperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria, que en lo hinchado y puesto en asas parecía botija de serenar. Llegó un paje por detrás de mí, y viéndome tan espetado y relleno, metió por debajo del envés de la barriga un puntiagudo aguijon, que podía servir de lengua á una torneada garrocha, y dar muerte con ella al mas valiente novillo de Jarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento; y al cabo de un rato me salí de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al mayordomo mayor, le dije: Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pajes á los príncipes extranjerios y de tanta calidad, que se cubren delante de sus majestades cesáreas? El cual, dejándome con la palabra en la boca y volviéndome las espaldas, me respondió: Esos son los postres de los bufones, cuyas palabras me dejaron tan mortificado y sin espíritu, que en muchos dias no me atreví á volver al palacio.

Mi amo, que así me he atrevido á llamarlo, pues comía su pan y vestía su librea, y siempre lo ha sido, lo

es y lo será, con la mayor brevedad que pudo hizo su ejército, y dándole orden de marchar la vuelta de Flándes, fué prosiguiendo su viaje. Yyo, por no volverme de vacío, me fui á despedir de la majestad cesárea de la Emperatriz, la cual me mandó dar una taza grande de plata y cien escudos de oro. Al punto que lo recibí tomé la posta, y corrí en ella hasta Praga, cabeza del reino de Bohemia. Fui á visitar á don Baltasar de Marradas, que era virey de aquel reino; halléle en la mesa, y celebrando mi buena venida, me dió de comer y beber, aun mucho mas de lo que me bastaba. Salí á una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la cual hallé una gran porcelana llena de crema con mucha azúcar, y á su lado un plato cubierto de bizcochos. Hízome cosquillas lo dulce, y atreviéndome á embestirle, fiado en mis preeminencias, mojé un bizcocho en aquel piélagos de ampos, y trasladándolo con sutileza de manos á boca, me sirvió de impedimento un criado de repostero, que juzgándolo á atrevimiento, ó ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios, lastimándome todo el frontispicio de marfil. Yo, sintiendo el dolor y no reparando en galas, le encajé la porcelana en la cabeza, dejándosela tan ajustada, que parecía montera redonda de sayal blanco ó cofia de aldeana curiosa. Empezáronle á bajar tantas y tan espesas corrientes, que sirviéndole al rostro de albayalde, le aprovechó de enjalbegar el vestido. Tomó un cuchillo que halló á mano, y se vino como rayo para mí. Yo, que sabía cuán irremediable es una jiferada picaresca, volvíle las espaldas, y medio rodando unas escaleras abajo, llegué á la cocina; y por ver que me venia siguiendo, puesta la mano en su celada, por temor de no quebrarla, tomé un asador con la mano derecha, y una tapa de hierro de una grande olla en la izquierda, y me planté de firme á firme con mi mosca en leche. Dió chillidos una fregona, á los cuales acudió el mayordomo, y hallándonos á los dos en postura tan ridícula, se puso en medio, y sin dar lugar al criado á que se quitase el nevado tocador, nos llevó á la mesa de su amo, con todas nuestras armas y pertrechos. Rióse mucho el Virey del suyo y de ver la blancura de mi competidor; y despues de mandar hacernos amigos, me dió una veintena de escudos, la cual recibí con mucha voluntad, y con muchísima me salí de su palacio, receloso del enamorado alemán.

Marchamos á Wormes, ciudad de las principales del Palatinado y vecina del ameno y caudaloso Rin, adonde estaba hecho alto el ejército imperial, aguardando segunda orden para pasar á Flándes. Venía mi amo tan á la ligera, que no traía consigo ningun bagaje; por lo cual fué fuerza que los pocos criados que le veniamos acompañando le sirviésemos en lo tocante á su comida y regalo y en otros oficios de la escalera arriba, supliendo la falta de los que venian atrás en guarda de su recámara. Encargáronme, por ver mi brio y despejo, la despensa de la comida, la cantina del vino y el pozo de la nieve, que fué lo mismo que meter una zorra en una viña cercada en tiempo de vendimia, ó hacer á un

lobo pastor de ovejas. Diéronme criados pertenecientes á tal amo, para que entretenidos cerca de mi persona, observasen mis órdenes. Estimábanme todos los coroneles y capitanes del ejército como á nevero en verano y pescador en Cuaresma. Regalábanme como quien podía y mandaba, como quien tenía á quien; hacia mis sacas de vino y mis vendejas de nieve, y con la calidad del uno y la frialdad del otro gozaba mi bolsa de un templado temperamento. Habíame dado por cuartel, para que me aprovechase de alguna cosa, la casa de un judío rabí, de nacion italiano, el cual, por decir que era mi paisano y que me conoció á mí y á mi padre en la ciudad de Roma, alargaba la contribucion, y me hacia esperar, sin ser de su ley; pero viendo que no me aprovechaba el llevarlo por bien ni por mal, me dí por desentendido, y confirmando de nuevo la amistad de la conciencia antigua, lo traje una tarde á mi despensa á que merendase en ella; y habiendo puesto la mesa con variedad de regalos y escasez de tocino, hícele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos á enfriar, el uno de vino, y el otro de agua de limones; y al tiempo que lo vi en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera, y la subí arriba, dejándolo empozado como á otro José; y volviéndome á asomar á la puerta del pozo, le dije: Perro judío, primero te has de volver carámbano que salgas á ver la luz del cielo hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme á los demás oficiales del ejército, y con el tresdoble á mí, por usar de presente tres oficios en servicio del general, y todos ellos de á dos bocas. Empezó á gritar y á llorarme pobrezas; y diciéndole que poco importaban sus voces, porque no podían ser oídas, le cerré la puerta y lo dejé empozado en parte donde no se abochornaría. Otro dia, por ser forzoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví á abrir, y lo hallé tiritando de frio y casi helado. Volvíle á protestar ser la culpa suya, desahuciándolo de la salida hasta que yo estuviese satisfecho. Redújose con esto á darme unas señas para que su mujer me diese todo aquello en que quedamos de concierto. En efecto, cobré mi boleta, y despues saqué al pobre rabí, tan hambriento y helado, que en mas de cuatro horas que lo tuve al rincón del fuego, dándole caldas y regalándolo, no le pude volver á su primer ser.

Otro dia de mañana marchamos la vuelta del país de Henao, y al cabo de algunos dias llegaron á hacer plaza de armas cerca de las murallas de Mons, donde el conde de Buquoy, gobernador de aquel país, señor de los calificados de Flándes, salió á recibir á mi amo; y llevándolo á su palacio, acudiendo al ser quien es y á su conocida liberalidad y largueza, le hospedó y banquetó, excediendo sus costosos regalos á los de la boda del rey Baltasar, y los néctares de sus odoríferos licores á la bebida que dió la célebre Cleopatra al invencible Marco Antonio. Fueron estos banquetes para mí unos juicios finales, porque privándome de lo poco que yo tenía, daban cada instante con mi edificio en tierra. Dí en visitar los vivanderos del ejército muy á menudo y en que-

rerlos meter en contribucion, estando en país libre; por lo cual y por excesivos gastos que les hacia y no pagaba, tenía cada instante con ellos mil peleonas y les echaba cada dia mil roncas. Pero al cabo me venían á derribar y vencer con dos docenas de estocadas vinosas, respetándome por criado de quien era. Sucedióme un dia un cuento harto donoso, y fué que saliendo de comer de la villa, tan por extremo cargada la cabeza, que los niños me parecían hombres, y los hombres gigantes, lo blanco azul, y lo verde leonado, llegué dando traspies á una grasería, que estaba toda cubierta y adornada de manojos y hileras de velas de sebo; y pareciéndome los manojos que lo eran de rábanos, le pregunté al dueño que por qué causa les habia quitado las hojas. El cual, por no entenderme y conocer de la suerte que iba, dejó de responderme, y se puso muy despacio á reir. Yo, que imagino que la preñez de mi borrachera me habia dado antojo de comer rábanos, alargué la mano á una de las hileras, que estaba pendiente de un palo largo, y agarrando dos velas y tirando con fuerza para darme un verde de lo que apetecia, dí con todo el agradijo en tierra. Viendo el amo toda su mercancía hecha pedazos, antes de dejármela probar tomó el palo, y descargólo sobre mí con tal furia, que si el vino me habia hecho ver estrellas á medio dia, él me hizo ver luceros á las dos de la tarde. Sentia, aunque borracho, de tal suerte el dolor y agravio, que metiendo mano á la espada, cerré con él como con tropa de enemigos. Viéndome tan fuera de mí y que sin miedo ninguno me iba acercando á él sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano á la tienda y cerró tras sí la puerta. Yo, viendo que por mas estocadas que daba á la puerta no se me quitaba el escozor de la chimenea y de las costillas, cerré con la procesion de candelaria, y tirando tajos y reveses, desgajando y desmenuzando escuadrones de sebo y pábilos, rendí á mis piés el número de mil velas ó rábanos, dejando la tienda hecha una ruina de grosura. A este tiempo acertó á pasar por cerca de mi palestra una tropa de soldados de los nuestros, y viéndome jugar de montante y tan encendido en cólera, á persuasion de unos vecinos, me sacaron á la calle, diciendo á grandes voces: ¿Palos á mí por un par de rábanos, valiendo á liarte el manajo? Lleváronme medio en peso, adonde dormí la pendencia, dejando al pobre burgés sin dormir de puro desvelado. Fué la queja á mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos de que yo les estafaba y destruía; por lo cual, indignado contra mí y porque viesen la igualdad de su justicia, me mandó prender y echar una grande y pesada cadena y que me pusiesen á buen recado. Los ejecutores infernales, no siendo lerdos ni perezosos á su mandato, por dar muestras de ministros puntuales, me amarraron á un duro banco, y no de galera turquesca. Allí purgué la batalla de los rábanos, allí pené los pecados cometidos contra los prójimos vivanderos, ayuné sin ser témporas ni vigilias, y hice dieta sin haberme metido en cura. Enterrecida de este rigor la señora condesa de Buquoy, sor-

da á las quejas de tantos demandantes, le pidió á mi amo que trocase el peso de su justicia en la balanza de su misericordia; el cual, viendo la deidad que me amparaba y el ángel que me defendía, mandó que me deslabonasen, y que me diesen cumplida libertad. Salí de aquel penitente yermo con propósito de no disgustar mas á mi amo ni obligarle á que me volviese á poner en semejante apretura, dejando de allí adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fué el mayor castigo que se me pudiera dar. Pasé aquella campaña tan quieto y sosegado, que mas parecia pretendiente de ermitaño que hombre de buceo.

Llegó el tiempo de retirarnos, y por gozar de mis anchuras y no andar compungido y recatado, me fui á desenfadar al bosque de Bodu, tres leguas de Mons, á acompañar al príncipe Tomás, que andaba en seguimiento de un ciervo. Estuve allí muchos dias, hecho devanaderas de su distrito y sabueso de su espesura. Cansado de buscar en campaña lo que abunda en poblado, le persuadí á su alteza que dejase aquel enfadoso ejercicio, y que le bastase por escarmiento haber andado tantos ratos tras de un animal cornucopia, sin poderle dar un alcance; porque si aquel molimiento y cansancio era divertimento de príncipes como su alteza, no era vida de caballeros alegres como yo, porque mas queria irme á ser raposa de una pequeña defensa que quedarme á ser lobo de un dilatado bosque. Respondióme que me guardaria bien de dejarlo, porque lo pagaria con las selenas. Este mandato me acrecentó el deseo de apartarme de ser seguidor de perros y saltador de matas. Y poniéndome en el camino de Mons, sin reparar en la nueva órden, me fui á visitar mis antiguas parroquias y á verme libre de todo dominio. Estúveme holgando en ellas hasta que supe que su alteza habia conseguido el fin de su caza, por haber muerto un disforme y temerario ciervo; por cuya razon le volví á buscar, para irle acompañando hasta la corte de Brusélas, adonde estaba mi amo. Preguntóme que cómo me habia ido sin su licencia y no obedecido lo que me habia mandado. Respondíle que me habia perdido en el bosque como el marqués de Mantua, y por no encontrar con algun infante Baldovinos, me habia retirado á descansar del trabajo pasado. Parecióle muy frivola disculpa, y descubriendo mi flor y oyendo que todos los caballeros y señores que le acompañaban le pedian á voces mi merecido castigo, se apartó á una parte con ellos á consultar la gravedad del delito y á pronunciar la sentencia que se me habia de dar. Yo estaba con rostro de reo y con temblores de aterciado, dando al diablo oficio con tantas zozobras y vida con tantos sobresaltos. Salí de la junta y sala del crimen que en pena de mi desobediencia se me pusiese un peto fuerte y un espaldar reforzado, y que me clavasen en la delantera del peto, como lanzas en ristre, los cuernos del difunto ciervo, arbolados en forma piramidal, para que me sirviesen de toldo ó pabellon, y en cada gancho de la dilatada cornamenta un cascabel de marca mayor; y que del pellejo se me hiciera una capellina de armas,

que cubriendo la cabeza sirviese de loriga á lo restante de las partes desarmadas. Notificáronme el fallo, y como si fuera pasado por vista y revista, no se me concedió apelacion; y haciendo venir de la villa un armador de rastrillos de dedos y un sastre de coser pieles, me armaron de punta en blanco y me vistieron de animal selvático. Subiéronme á caballo, y me mandaron que corriese la posta hasta entrar en Brusélas y dar una vuelta por todas sus calles y paseos, y despues entrar en su palacio real. Salí del bosque con insignias de marido consintiente, sin que me faltase para el vergonzoso jergoglífico sino solo un pregonero y una ristra de ajos, y como por calles acostumbradas, segun el camino real, asombrando pasajeros y alborotando perros, porque pensando que fuese segundo Anteon, me seguian y perseguian, entré en Brusélas, donde al son de mis cascabeles y al estruendo de las herraduras de mi rocante, se despoblaban las casas y se colmaban las calles. Abortábanse de ver la diabólica armadura y ridiculo traje. Y dándome mas silbos que á un encierro de toros, me regalaban de cuando en cuando con algunos manzanazos. Llegué al real palacio, y al punto que puse pié en tierra tuve órden de su alteza serenísima el infante Cardenal que subiese á verlo. Entré en la sala con muchísimo trabajo por el altura de mis ganchosos alcornoques y por el anchura espaciosa de mis aspas de cornicabra, adonde mirando su alteza mi espectáculo horrible y espantoso, estuvo tentado de dar un buen rato á sus lebreles; pero venciendo su piedad á su deseo, mandó que me regalasen y que no se me hiciese ofensa ninguna. Yo estaba tan avergonzado de verme gentil-hombre de Cervera y de traer astas arboladas sin ser corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino, villas y villajes en la entrada de Brusélas de apearme y vengarme á puras cornadas, por el escarnio y burla que de mí hicieron. Dejélo de hacer porque no me desjarretasen ó me echasen alanos á la oreja. Despues de haber refrescado y tomado algun aliento, volví á subir á caballo, y me fui á casa de mi amo, llevando de retaguardia un grande ejército de muchachos y una grande algazara de gritos y voces. Entré en su cuarto, y admirándose de que siendo yo soltero usurpase armas ajenas, anticipándome para lo venidero, se holgó infinito de lo sucedido, por haber dejado de ser cortesano, por andar al reclamo de ciervos y venados. Y por parecerle mi traje tan extravagante y ridiculo, que no siendo de sátiro ni fauno, era trasunto del mismo Barrabás, mandó llamar á un pintor, al cual le hizo que me retratase al vivo; con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometíéndome de que á otra caza se me levantarían estatuas, olvidé las afrentas pasadas, y traté, quitándome aquel eudemoniado traje, de gozar de las presentes.

En esta ocasion convidaron á mi amo á un bautismo, dos leguas de Rupelmunda, en un castillo llamado Basel, y dejando de acompañarle, me quedé en Brusélas en cierto divertimento, y al segundo dia tomé la posta, codicioso de gozar de la colacion y perances ex-

traordinarios. Hallé á mi amo tan airado contra mí, que en castigo de mi tardanza mandó que me diesen de beber otro tanto vino como se había gastado en la colación y banquete de la noche pasada y que me apremiasen á que diese fin de ello. No apelé de esta nueva y nunca oída sentencia, antes supliqué por la brevedad de la ejecución, atento á la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento sin echar ensanchas á mi pellejo quitándole todas las botanas. Mas el gran bailío, que estaba acompañando á mi amo, por librarme de este tormento, que para mí venía á ser regalo, lo persuadió á que me encerrase en una prisión, como lo ejecutó, volviéndose á Brusélas; y allí hubiese visto el fin de mis días á no ser por la piedad del príncipe Cardenal que me hizo sacar librándome de los inauditos tormentos que me preparaban. Lleváronme delante de su alteza, el cual me dijo: ¿Qué desdicha es esta, Estebanillo? O ¿qué pecados has cometido para haberte puesto en tal aprieto? Yo le respondí: Señor, estos son caprichos de señores y pension de los de mi arte. Díjome un ayuda de cámara: Hermano Estéban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel, del gusto y susto, y es menester pasar cochlura por hermosura. Pedí de beber para echar abajo toda la melancolía; á pocos lances y buenos me reventaban los ojos de alegría y la barriga de vino, y echaba de la oseta. Volvíme con su alteza á Brusélas, adonde, sin ser doctor, le visitaba por la mañana en la cama, y á medio día en la mesa.

Al cabo de algunos días volvió mi amo segunda vez al imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar á la corte de Viena, la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas y tierra donde se celebra mas que en ninguna parte de la Europa. Y yo por oír decir: Donde quiera que fueres, haz como vieres, hice media docena de máscaras los primeros días, con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas, que demás de ser celebradas, no perdí nada en la mercadería. Y viéndome cargado de alabanzas y premios, proseguí en dar gusto á los señores y regocijo á la corte. Habiéndome hecho una cadena de dientes y muelas de caballos, que estaban como el camarada que tuve en Norlinguen, me vestí de montañano, y me tercié el cabestrillo de raigones; puse en la mano derecha un gatillo de sacar muelas, y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos y emplastros encerados. Llevé conmigo cuatro judíos italianos con vestidos provocativos á risa, y con medias máscaras que cubrían de la nariz arriba, por causa de que no fuesen conocidos del vulgo, y subiendo en un caballo, me fui por todas las plazas y cantones de la corte, haciendo paradas y dando voces para juntar la gente; y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres judíos, que estaban apartados de mí, cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastros; y pagándome por cada uno dos reales, á vista de todo el auditorio, provocaban á muchos ignorantes á que lle-

gasen á lo mismo; llevando en los pequeños botes una poca de harina desleída con agua, y en los emplastros un poco de cañamazo bañado con sebo y cera. Llegaba despues el cuarto hebreo, fingiendo tener gran dolor de muelas; traía las manos puestas en los carrillos, y quejándose muy á menudo, juntábase á las crines de mi rocin, abría una boca de un palmo; mirábale yo despacio la dentadura, como si él fuera caballo y yo albéitar que pretendiese saber la edad que tenía, y abatiendo el gatillo y fingiendo sacarle una muela, ponía en él otra que yo llevaba, pedida para el efecto á un amigo barbero; y dando á entender habérsela sacado sin dolor ni sangre, le hacía que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo emolado, alababa mi destreza y convidaba á quitárselas á los pobres de gracia, obligándome á dejar todos los vecinos de aquella corte, por muy poco precio, sin ningunos dientes ni muelas. Dábame el judío un real, y volvíase á salir del corrillo, encareciendo mi agilidad y jurándole no haberle dolido ni sacádole sangre, por lo cual llegaban algunos inocentes á querer hacer la prueba y remediar sus dolores; y yo engañándoles con visitarles las andanas y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastros, les quitaba el dinero y los enviaba muy consolados. Solemnizabanlo los que sabían que era buena, y divertíanse los que lo ignoraban; y apenas se deshacía un corrillo, cuando á poco trecho juntaba otro y hacia la misma manufactura, encajando la propia presa. Vine á llegar cerca del palacio imperial, á tiempo que sus majestades cesáreas estaban á unas ventanas, juntamente con el príncipe Matías, hermano del gran duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponían los ojos en los de mi cuadrilla, empecé á vocear y juntar un numeroso auditorio; y despues de haber hecho mi papel, como en las demás partes, y hecho su parte los tres cansinos, llegó el doliente del mal de santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamás le hacia daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la mas abultada de todas las demás, y por hacer reír á sus majestades á costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no solo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío á dar voces, y sus camaradas á emperarse contra mí, sus majestades á reirse, y el pueblo á regocijarse. Mas por ver que había algunos en el corro que se aotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salía de la boca del desquijarado, dije en alta voz: Adviertan vuestras mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio. Con estas razones volvió á renovar el alegría y á celebrar la acción, y á darles tal felpa á los cuatro zabalones, que á no valerles los pies, lleva-

ran mas que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco.

CAPITULO VIII.

En que declara la vuelta que dió á los estados de Flándes sirviendo de correo, y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila, y de cómo fué recibido en el servicio de su alteza serenísima el infante Cardenal, y otra mucha variedad de sucesos.

Mi amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de su majestad católica, partió de Viena el primer día de Cuaresma á los estados de Flándes, con un nuevo socorro de lucido ejército; y yo me quedé en Viena á cobrar los gajes de haber alegrado á los alemanes y entristecido á los hebreos, y mas los donativos competentes á mi oficio. Dióme su majestad cesárea una cadena de oro, y otra el archiduque Leopoldo, su hermano, y otra el príncipe Matías, sin otras dádivas de títulos y señores. Al tercer día de mi ocupación y recogimiento de preseas me envió el marqués de Castañeda, que estaba en aquella corte por embajador de España, por correo á los Países-Bajos con un despacho de su majestad católica por su hermano el serenísimo infante Cardenal. Cuando me vi entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir, de paje vine á marqués, como don Alvaro de Luna, dije, de bufon vine á correo, que fué el primer escalon. Hice tan buena diligencia, que ensanché mi fama, y quedé opinado por persona de confianza. Holgóse mucho su alteza cuando me vió tan avanzado y supo con la brevedad y cuidado que había traído el despacho; por lo cual toda aquella campaña ejercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces á Alemania, á Lorena, á Luxemburgo, á las fronteras de Francia y al ejército que traía mi amo para socorrer á Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas.

Quiso mi ventura que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo dios de las batallas, la venía á dar al ejército de Francia, que nos tenía sitiada y oprimida la dicha villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenía por cierta, por ir el Hércules de Florencia á socorrer la combatida Troya, que en acabando de despachar la otra vida al ejército contrario, me enviase á llevar las nuevas á su alteza. Respondióme: Señor Estebanillo, vuesa merced es hombre muy diligente para correo, y muy cobarde para estas ocasiones; y así, supuesto que sé yo que no ha de pelear y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlinguen, segun me han contado, yo le concedo lo que me pide; y así, póngase en otra montaña, y si viere que Dios fuere servido de darme victoria, vaya á darle aviso á su alteza, que yo sé que ganará mas en ello que en buscar rendidos despojos. Yo, estimando la merced y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia de que pasase detrimento el viaje que esperaba hacer, me subí en una montaña, á dos leguas de ambos campos, á tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo,

obrando prodigios de valor y portentos de bizarria, lo deshizo, venció y arruinó, quedando la villa libre y la campaña por suya, hecha toda ella un cementerio de finados. Viendo pues que nuestro valeroso ejército, en virtud de llevar tan heróico é invencible general, apellidaba la victoria y avanzaba al desbaliço, bajé de mí revelado Olimpo á llevar la dichosa nueva á su alteza; mas encontrando en el camino á un vivandero de los nuestros, so color de apagar el polvo que había cobrado en la batalla, fingiendo haberme hallado en la primera embestida, bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo y brindando á su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con mas gana de dormir que no de correr postas. Pero amándome lo que mas pude, por codicia de ganar las albricias, con estar aturrido y medio fuera de mí, con ayuda de un vivandero y de un amigo mío que le estaba acompañando, volví á subir á caballo; pero en ocasión tan desgraciada, que tirando la villa un cañonazo, quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos, con pasar la bala mas de una legua de mí, fué tanto el pavor y sobresalto que recibí, que pensando que me había hecho pedazos á mí y á mi caballo, me dejé caer de él tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una grande caída en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado baston una pierna, y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las cuales, al instante que las llegué á ver y á sentir el dolor, tuve por cosa cierta que el cañonazo me la había hecho menudas astillas, y empecé á dar voces que atronaba toda la campaña, diciendo: Jesus, que me han muerto, confesion, confesion; á cuyas lamentables quejas acudió el vivandero y el conocido amigo, é informándose de la causa de ellas, les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una bala de artillería de las que había tirado la villa. Ellos, que habían oído el estallido de los rigurosos bronces y veían los extremos dolorosos que yo hacía y una poca de sangre que campaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte, que llevándome en peso entre los dos, me metieron en el carro y me llevaron á la victoriosa villa.

Buscáronme una buena posada, y porque vieron lo necesitado que iba de sueño, por lo mucho que había bebido, me recostaron sobre una limpia cama, y dejándome sosegar, se salieron en busca de un cirujano para que me curase. Tardaron mas de cuatro horas en volver á la posada, por haber hallado todos los cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros y de los muchos prisioneros que se habían hecho. En cuyo término desistí los vapores de la cabeza y quedé libre del dolor y borrachera. Y estando durmiendo despacio lo que había bebido de prisa, entraron en mi aposento mis enfermeros y un venerable y bárbaro cirujano, con media docena de platicantes, que al olor de haberle dicho que tenía muy linda china y que era criado del victorioso general, me venía á curar de ostentacion. Al instante que llegaron, aligerando todos á un tiempo de capas y sombreros, empeza-